

Proyecto editorial: Federico Polotto
Coordinación general de la obra: Juan Suriano
Asesor general: Enrique Tandeter
Investigación iconográfica: Graciela García Romero
Diseño de colección: Isabel Rodríguez

NUEVA HISTORIA ARGENTINA

TOMO 8

LOS AÑOS PERONISTAS
(1943-1955)

Director de tomo: Juan Carlos Torre

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

operaciones diplomáticas que siguieron a los acuerdos de Potsdam entre las grandes potencias. Bajo la guía de los Estados Unidos, el continente americano se alineaba en la nueva división política del orden mundial.

Con el envío de las Actas de Chapultepec al Congreso, Perón procuró dar una señal de su disposición al acuerdo, aunque se permitió simultáneamente un gesto de independencia al reanudar relaciones con la Unión Soviética, interrumpidas desde 1917. A esto le siguió la deportación de un número de espías nazis y la adquisición por el Estado de empresas de propiedad alemana y japonesa. En junio de 1947 el presidente Truman anunció su satisfacción con la conducta de la Argentina, despejando la vía a la convocatoria de la conferencia de Río en septiembre de 1947. En ella, el canciller de Perón suscribió el tratado de seguridad hemisférica y el premio fue el levantamiento del embargo de armas impuesto por Estados Unidos en los años previos.

Estas iniciativas de Perón coexistieron con la proclamación de la Tercera Posición en el plano de la política internacional. En sus formulaciones habituales, ésta se condensaba en una doble demanda: el respeto por la autodeterminación de los Estados nacionales y la aspiración a un orden económico mundial más equitativo. Como ha indicado José Paradiso en su capítulo "Vicisitudes de una política exterior independiente", la variante argentina del tercerismo en auge entre los países que emergían del proceso de descolonización de la posguerra no llegaba hasta abogar por la neutralidad en el conflicto que dividía al mundo. Perón subrayó más de una vez que el país no sería equidistante frente a la amenaza comunista. Empero, los matices de la Tercera Posición se correspondían mal con las simplificaciones propias de la Guerra Fría y fueron una fuente permanente de tensiones en sus relaciones con los Estados Unidos.

Al final de la guerra, la Argentina se encontró libre de deuda externa, con importantes reservas de divisas, una gran demanda y altos precios para sus exportaciones de alimentos y una industria en crecimiento. En este marco, la administración peronista realizó sus decisiones de política económica. Como destacan Pablo Gerchunoff y Damián Antúnez en el capítulo "De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo", tres fueron

los ingredientes del programa implementado en 1946: la expansión del gasto público, otorgando al Estado un papel más central en la producción y en los servicios públicos a través de una política de nacionalizaciones, la distribución más equitativa del ingreso nacional y, finalmente, el paulatino montaje de un régimen de incentivos que premió las actividades orientadas al mercado interno y desestimuló la producción destinada a los mercados internacionales. Esta combinación de intervencionismo estatal, justicia social y sustitución de importaciones no fue una experiencia aislada en la América Latina de los años cuarenta. Es verdad que en la Argentina, caracterizada por un mercado de trabajo sin grandes bolsones de marginalidad social y por un movimiento sindical muy activo, el sesgo igualitarista fue más marcado que en otros países del área. Pero el papel protagónico del sector público en la acumulación de capital y el creciente énfasis en el mercado interno constituyeron, casi sin excepciones, el correlato regional al keynesianismo en boga en los países centrales de Occidente.

La economía peronista no fue, ciertamente, el resultado de una estrategia exclusivamente económica. Los apoyos sociales de Perón condicionaron sus opciones en materia económica. Entre el proyecto industrialista para la defensa nacional, asentado sobre las industrias básicas, propiciado por oficiales del Ejército durante la guerra, y la continuidad de la industrialización liviana, Perón escogió esta última alternativa, que era más congruente con una distribución progresiva del ingreso. Fue revelador que el programa siderúrgico del general Manuel Savio terminara siendo postergado y que se confiara a Miguel Miranda, un industrial de reciente fortuna, el timón de la economía, al frente del Banco Central nacionalizado y del Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI). La opción hecha en favor de la industria existente se completó con otra, asegurarle un sostenido nivel de actividad vía la expansión de la demanda interna. El instrumento escogido para ello fue el aumento de los salarios nominales. Convertidos, a su turno, en aumentos de salarios reales, condujeron a un rápido incremento del consumo popular que impulsó la producción industrial. En este contexto, el optimismo de la comunidad de negocios superó la aprensión que generaban la audaz política de ingresos y el poder sindical, pavimentando el camino a una

prolongada euforia bursátil y a un auge inversionista de los propios empresarios privados.

La política económica del peronismo, con sus rasgos distribucionistas y nacionalistas, fue posible gracias a la combinación de un conjunto de circunstancias favorables, que no volverían a repetirse. Las reservas de fondos externos acumulados durante la guerra —una gran proporción de los cuales era inconvertible— permitieron afrontar la nacionalización de los ferrocarriles, teléfonos, gas, marina mercante y aerolíneas comerciales. Más importante todavía, después de casi dos décadas de crisis comercial, la abrupta mejoría en los precios de las exportaciones agrícolas en 1945 —y, consecuentemente, en los términos de intercambio— facilitó el financiamiento en divisas de la economía peronista. La creación del IAPI, organismo que tuvo el virtual monopolio del comercio exterior, proveyó al gobierno de un acceso indirecto a esa fuente de recursos. Para tal fin, compraba los granos a los productores locales a un precio fijado por las autoridades y vendía en los mercados internacionales a un precio más alto. Los recursos movilizados por el IAPI, junto al ahorro forzoso proveniente de un régimen de jubilaciones con fuerte superávit en sus orígenes y una amplia batería de impuestos directos e indirectos que recayeron sobre los estratos de mayores ingresos, fueron conformando la imagen bastante veraz de un Estado rico y generoso.

Así, la excepcional evolución del mercado internacional de posguerra, los acrecidos ingresos fiscales y la masificación del ahorro institucionalizado fueron las condiciones de posibilidad de la economía peronista, plasmada en el Primer Plan Quinquenal de 1947. Este esquema, basado en el poder de compra del Estado y en los salarios altos y que, por estar orientado hacia el mercado interno, pudo desentenderse de sus inevitables costos en términos de eficiencia y competitividad, apenas duró tres años. Pero estos años fueron los que marcaron en la memoria colectiva el perfil duradero de la década peronista. Y, explicablemente, porque en ellos dio comienzo una nueva edición de la experiencia colectiva de movilidad social que el país conociera a principios del siglo.

Para la masa de los migrantes provenientes del interior la incorporación al trabajo de mercado urbano implicó de hecho una elevación social ya que ponía a su alcance ocupaciones

con salarios superiores a los que recibían en sus lugares de origen. Los trabajadores de más antigua residencia urbana, por su parte, con más recursos y contactos, pudieron subir un escalón más en la pirámide social. Ello ocurrió sea ascendiendo en sus empresas a puestos mejor remunerados, sea instalándose por su cuenta para atender la mayor demanda de servicios personales de la economía urbana. Un rasgo de los años peronistas fue el fuerte crecimiento de los asalariados de cuello y corbata impulsado por la expansión de la administración pública y las burocracias de las empresas privadas. En una medida importante, ésta fue una oportunidad de movilidad para hijos de familias obreras a los que sus padres habían conseguido mandar a la escuela. Los contingentes de las clases medias experimentaron también un incremento con el aporte de los nuevos pequeños y medianos propietarios de la industria, los servicios, el comercio, crecidos al abrigo del desarrollo del mercado interno y del consumo masivo. En el marco de una sociedad otra vez más móvil, los sectores trabajadores vieron ampliarse sus horizontes de vida más allá de sus necesidades inmediatas. Para las clases medias se abrieron nuevas fuentes de confort y de expectativas; fue significativo que a pesar de que la propaganda oficial pusiera el acento sobre la enseñanza primaria haya sido la matrícula de la enseñanza secundaria la que más aumentó durante este período.

La inserción de las fuerzas económicas en el escenario político resultante de los comicios de 1946 mostró al principio un singular contraste. Los grandes propietarios del campo, nucleados en la Sociedad Rural, escogieron pragmáticamente una política de acomodación. Perón facilitó las cosas designando a uno de ellos al frente del Ministerio de Agricultura y Ganadería. Asimismo les hizo saber que las promesas de una reforma agraria hechas durante la campaña electoral serían archivadas. Distinta fue la actitud de los empresarios industriales, que recibieron al gobierno de Perón nombrando en la Unión Industrial una conducción anticolaboracionista. El costo de ese atrevimiento fue la intervención de su organización. Sin embargo, poco a poco también ellos fueron reconciliándose con la nueva situación al comprobar que la política oficial no pasaba por la confiscación de los beneficios de la favorable coyuntura económica. Las diferencias entre las grandes y las

pequeñas y medianas empresas, entre los capitales radicados en Buenos Aires y su periferia y los que tenían mayor peso en el interior —que son el eje del capítulo de James Brennan “El empresariado: la política de cohabitación y oposición”— mantuvieron, no obstante, a los industriales en un estado de pugna y fraccionamiento que se reflejó en el carácter cambiante de sus organizaciones.

Al margen de sus diferencias, unos y otros debieron convivir con los profundos cambios que se operaban en el mundo del trabajo. Con el apoyo oficial los sindicatos continuaron reclutando nuevos afiliados. En la mayoría de las actividades de la economía urbana la tasa de sindicalización se ubicó entre el 50 y el 70%. La mayor implantación de los sindicatos promovió la extensión de la cobertura de las negociaciones colectivas sobre el mercado de trabajo. Los nuevos convenios comportaron una verdadera redistribución del poder en la empresa al incorporar garantías y ventajas a los trabajadores que recortaban la autoridad patronal. En forma paralela, el Congreso dio fuerza de ley a los beneficios otorgados por decreto durante la Revolución de Junio: el aguinaldo anual, la generalización de las vacaciones pagas, la inclusión de los asalariados de la industria y el comercio en el sistema jubilatorio, las indemnizaciones por despido y accidentes de trabajo. Estos mayores niveles de protección laboral cobraron vigencia efectiva al compás de la ola de movimientos reivindicativos que acompañó el ascenso del peronismo al poder. Las medidas de fuerza no estuvieron dirigidas contra el gobierno sino contra empresarios que resistían los cambios. En estos primeros años —señala Louise Doyon en su capítulo “La formación del sindicalismo peronista”— la huelga fue el instrumento mediante el cual los trabajadores buscaron replicar en el terreno de las relaciones laborales la victoria alcanzada en las urnas.

Con la consigna de la justicia social, el gobierno prosiguió ensanchando los cambios en el nivel de vida de las clases trabajadoras mediante las políticas de un incipiente Estado Benefactor: el congelamiento de los alquileres, la fijación de salarios mínimos, el establecimiento de precios máximos a los artículos de consumo popular, los créditos y los planes de vivienda, las mejoras en la oferta de salud pública, los programas de turismo social, la construcción de escuelas y colegios,

la organización del sistema de seguridad social. Junto a estas políticas de democratización del bienestar, que son examinadas por Juan C. Torre y Elisa Pastoriza en el capítulo “La democratización del bienestar”, desde el vértice del gobierno se otorgó una dignidad hasta entonces desconocida a los valores y prácticas del mundo del trabajo. Por los derechos que consagraba, por los bienes que ponía a su disposición, la justicia social condujo a una mayor integración sociopolítica de los trabajadores. Así, con el paso del tiempo, las masas que habían entrado a la arena política como los descamisados, definiéndose a partir de su exclusión, pasaron a identificarse como los trabajadores, subrayando, de este modo, el reconocimiento alcanzado en una sociedad ahora más igualitaria.

Esa identificación fue indisociable de su condición peronista. El vínculo establecido entre Perón y los trabajadores el 17 de octubre resultó ser sólido y duradero. Ello se puso de manifiesto en las pruebas por las que habría de pasar en el futuro, cuando el régimen peronista, urgido por los problemas económicos, puso un freno a las demandas de los trabajadores; también cuando, llevado por su celo autoritario, inició la supresión sistemática de las expresiones de independencia que surgían desde las filas del sindicalismo. En estas ocasiones, la oposición política a Perón aguardó esperanzada que se abriera una brecha entre él y sus apoyos obreros. Sin embargo, las expresiones de descontento, los conatos de rebelión, no avanzaron hasta poner en cuestión esa identidad política primordial y constitutiva del movimiento peronista.

La lealtad a Perón se hizo extensiva a Evita. Después de 1946, ésta emergió del segundo plano y fue ganando responsabilidades que desbordaron bien pronto el lugar pasivo tradicionalmente asignado a las esposas de los presidentes. Sus mayores responsabilidades se dieron en el marco de una división de tareas en la estructura del poder peronista. Perón se concentró en las actividades de gobierno; Evita tomó a su cargo la activación política del movimiento oficial, a cuyo servicio puso una oratoria vibrante y combativa que enfervorizaba a sus seguidores y provocaba el temor y el odio entre sus adversarios. Su intervención fue visible primero desde las oficinas del Ministerio de Trabajo, donde se instaló para recibir a las delegaciones obreras, escuchar sus demandas y prometerles hacerlas lle-

— ¡Cuánta gente en la playa! Parecen hormiguitas. Eladio pregunta:

— Papá, ¿cómo puede venir tanta gente? ¿Nadie trabaja?

El padre le contesta:

— Sí, todos trabajamos. Pero ahora, desde que gobierna el general Perón, todos los obreros y empleados tienen derecho a sus vacaciones. Estos hoteles que ves son para que el obrero gaste menos. Aquí descansa. Luego volverá a su trabajo para producir más.

— ¿Y quién atiende estos hoteles, papá?

— La Fundación Eva Perón.”

Libro de lectura para Primer Grado Superior *Alegría*

gar a Perón. En su papel de intermediaria entre el líder y las masas, distribuyó también premios y castigos a los dirigentes sindicales, iniciándolos en la severa disciplina del nuevo régimen. Luego se ocupó de extender la justicia social a los sectores más marginales de la población, el subproletariado urbano y los sectores populares de las provincias menos desarrolladas, para los cuales el impacto de las reformas laborales tenía una significación muy limitada. Con ese fin creó una vasta red de asistencia social a través de la Fundación Eva Perón, sostenida con donaciones no siempre voluntarias de empresas, fondos públicos y aportes regulares de los trabajadores, que tuvo una gran resonancia entre sus beneficiarios. La participación en la campaña por el derecho al voto de la mujer, sancionado en 1947, fue otra de las empresas de Evita. Marysa Navarro ha prestado especial atención a ella en su capítulo “Evita”, iluminando los matices del compromiso de Evita para con la condición femenina y la política.

La prosperidad económica, el apoyo popular y el autoritarismo contribuyeron a que el régimen se desarrollara sin tropiezos. Era previsible que buscara su consolidación y ésa fue la intención que inspiró la reforma constitucional de 1949. Una Asamblea Constituyente en la que los partidarios de Perón eran cómoda mayoría introdujo modificaciones en el viejo texto liberal de 1853. A él incorporó una larga enumeración de derechos sociales; las novedades operativas incluyeron: el voto directo para presidente y vice, suprimiendo el Colegio

Electoral, y para senadores, sin el trámite previo de las legislaturas provinciales; la ampliación del mandato de los diputados y senadores a seis años y su renovación parcial cada tres; el fortalecimiento del Ejecutivo por medio de la facultad del veto parcial. Un artículo extraído del modelo mexicano consagró la propiedad estatal sobre los recursos energéticos. En la coyuntura, la modificación políticamente más significativa fue la supresión de la cláusula que prohibía la reelección presidencial inmediata.

Una vez aprobada la reforma se inició una campaña destinada a la reelección de Perón en 1951. La central sindical proclamó a Evita para el segundo puesto de la fórmula presidencial. Esta iniciativa sacó de su discreto segundo plano a los jefes militares, quienes aconsejaron a Perón su rechazo. El presidente se inclinó ante el veto militar y Evita anunció luego que renunciaba a su candidatura. No obstante, el episodio sirvió de pretexto para una conjura militar lanzada por un pequeño gru-



¡Compro conciencias, nuevas y usadas! ¡Pago buen precio!

—Este es, señoras, el modelo oficial del perfecto peronista.

Perón visto por el famoso caricaturista Tristán, del periódico La Vanguardia.

po de oficiales en combinación con políticos opositores. El alzamiento del 28 de septiembre de 1951, mal organizado, a des-tiempo, sin respaldo alguno, fue fácilmente sofocado. Perón reaccionó imponiendo el estado de guerra interno y con ese instrumento procedió a depurar los cuadros de oficiales y a limitar la acción de los partidos de oposición en la campaña electoral.

En la preparación de los comicios tomó otras precauciones adicionales. Siguiendo instrucciones de la presidencia, el Congreso sancionó una nueva ley electoral, que sustituía el tradicional sistema de la lista incompleta de la Ley Sáenz Peña por el de circunscripciones uninominales. Los distritos electorales del país fueron divididos en tantas circunscripciones como diputados se eligieran. En cada una de ellas se ponía en disputa una banca de diputado y el partido que obtenía el mayor número de votos se quedaba con ella. Utilizado en 1904 y luego suprimido, este mecanismo acentuaba el sesgo mayoritario del sistema electoral. La operación política se completó con la modificación arbitraria de los límites de las circunscripciones. El ejemplo más flagrante lo constituyó el rediseño de la Capital Federal con la unificación del Barrio Norte y el Centro, donde la oposición tenía mayor peso, con otros más distantes como Parque Patricios, Mataderos, Barracas, con predominio del voto obrero, para favorecer al oficialismo.

En los comicios de noviembre Perón, con la compañía de H. Quijano, por segunda vez, alcanzó una aplastante victoria: 4.745.000 votos dieron el apoyo a la fórmula oficial, mientras que los candidatos del radicalismo, Ricardo Balbín y Arturo Frondizi, que también tuvieron vedado el acceso a los radios, recibían 2.415.000 sufragios. Los resultados fueron más contundentes en las elecciones para diputados en las que, por la distribución establecida en la nueva legislación, los peronistas conquistaron todas las bancas a excepción de 14 que correspondieron a la oposición. El mayor impacto de esa legislación quedó bien reflejado en la ciudad de Buenos Aires. Allí, con el 42% de los votos los radicales sólo alcanzaron 5 bancas, en tanto que los peronistas con el 53% obtuvieron 23. Las elecciones dejaron claro que Perón no se daba por satisfecho con las sólidas mayorías electorales que le aseguraban la totalidad del Senado y los dos tercios de la Cámara de Diputados;

además, aspiraba a anular toda disidencia, reduciendo al mínimo la presencia opositora en el único ámbito donde podía expresarse.

Terminaba, así, la transición en la naturaleza de la competencia política que venía incubándose en los años previos. El peronismo dejó de ser un partido cuyo predominio electoral era el resultado de su mejor oferta política en la contienda con los partidos opositores por el voto de los ciudadanos.

El sistemático atrofiamiento del pluralismo político y de las libertades públicas modificó ese estado de cosas. A partir de entonces, los partidos opositores se encontraron despojados de los recursos elementales para disputar por las preferencias políticas del electorado. A su vez, las mayorías electorales que sostenían los triunfos del peronismo fueron más que antes el fruto de la manipulación de las reglas de la competencia política. En este avance arrollador hacia la hegemonía política fue sugestivo que el régimen no llegara hasta la supresión de las elecciones. De habérselo propuesto votos no le hubieran faltado y justificaciones tampoco, cuando se disponía a elevar su filosofía a la condición nacional. Sin embargo, este camino no fue explorado. Las razones seguramente tuvieron que ver con las complejas relaciones que Perón mantenía con las Fuerzas Armadas. Como el episodio del veto a la candidatura de Evita a la vicepresidencia había puesto de manifiesto, la opinión de la jerarquía militar contaba a la hora de las decisiones institucionales. En este sentido, la lealtad de la corporación castrense al jefe de Estado hubiera sido más difícil de obtener y conservar si sus títulos para gobernar no fueran periódicamente legitimados por medio de las consultas electorales, aun en las condiciones escasamente competitivas en que se llevaban a cabo.

Las elecciones de 1951 mostraron asimismo las transforma-



Trazado de las circunscripciones electorales de 1946, 1951 y 1954.

ciones del electorado peronista. Dichas elecciones tuvieron lugar con un padrón sustancialmente ampliado por la sanción del voto femenino. Al aporte de las mujeres se agregó la incorporación de los residentes de los nueve territorios nacionales, que por vez primera pudieron participar en las elecciones de presidente y vice. La suma de los nuevos inscriptos llevó el padrón electoral desde los 3.405.000 registrados en 1946 a los 8.634.000 de 1951. El peronismo logró captar una porción mayoritaria de los flamantes electores al tiempo que abrió profundas grietas en el electorado de los partidos tradicionales.

Evolución electoral 1946-1954

	1946	1948	1951	1954
Inscriptos en padrón electoral (en miles)	3.405	3.794	8.634	8.616
Votantes (en miles)	2.840	2.816	7.594	7.451
Votos peronistas (en miles)	1.488	1.728	4.745	4.659
Votos peronistas (en %)	52,4	61,3	62,4	62,5

Fuente: Cantón, Dario: *Materiales para el estudio de la sociología política en la Argentina*, Edit. del Instituto, Buenos Aires, 1968.

En los resultados finales, el voto peronista femenino superó en todos los distritos al voto peronista masculino. A la vez, en las provincias más periféricas las victorias del oficialismo se consiguieron con altos porcentajes: 81% en Chaco, 77% en Jujuy. En las zonas más centrales su predominio fue relativamente más reducido. Ése fue el caso de la Capital Federal ya indicado, donde la mayoría peronista no pasó del 53%, y de Córdoba en la que alcanzó el 55%. Este contraste entre regiones fue la contrapartida de los matices que presentaba la composición del electorado peronista. En las áreas urbanas de la Argentina moderna el peronismo emergió de los comicios como la expresión política de las clases trabajadoras; su capacidad de penetración en otros sectores sociales fue más limitada y le sumó sólo un caudal marginal respecto del fuerte y esta-



Segunda asunción de Perón a la Presidencia de la Nación, 1952.

ble componente de los votos de obreros y empleados. En las áreas menos desarrolladas del interior el electorado peronista se reclutó a partir de todos los estratos sociales, adquiriendo una fisonomía marcadamente policlasista. Aquí el control político tendió a estar en manos de fracciones de las clases altas locales, en línea con la experiencia del viejo conservadurismo popular. Entre tanto, en los centros más urbanos y modernos se imponía la gravitación de los trabajadores organizados dentro del formato original de Partido Laborista. La articulación de estas dos constelaciones sociopolíticas bajo un mismo liderazgo consolidó con rasgos definitivos la fortaleza de la coalición peronista.

LA SEGUNDA PRESIDENCIA

Al votar en una proporción de dos a uno para que Perón continuara con su mandato, el electorado autorizó a éste a avanzar en la peronización de las instituciones. En 1952, el Congreso,

donde los 44 diputados de la oposición de 1946 habían quedado reducidos a 14, convirtió por medio de una ley la doctrina peronista —el justicialismo— en doctrina nacional, cuya matriz ideológica Carlos Altamirano reconstruye en el capítulo “Ideologías políticas y debate cívico”. Esta “nueva filosofía de vida, simple, práctica, popular y fundamentalmente cristiana y humanista”, tenía “por finalidad suprema la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación mediante la Justicia Social, la Independencia Económica y la Soberanía Política, armonizando los valores espirituales y los derechos del individuo con los derechos de la sociedad”. La consagración del peronismo como único movimiento nacional eliminó todo vestigio de pluralismo en la vida política: las otras expresiones partidarias fueron relegadas a una existencia casi clandestina, la afiliación al partido oficial pasó a ser requisito para el desempeño de car-

Las Veinte Verdades del Justicialismo

- 1- La verdadera democracia es aquella donde el gobierno hace lo que el pueblo quiere y defiende un solo interés: el del pueblo.
- 2- El justicialismo es esencialmente popular. Todo círculo político es antipopular y, por lo tanto, no es justicialista.
- 3- El justicialismo trabaja para el movimiento. El que en su nombre sirve a un círculo o a un hombre o caudillo, lo es solo de nombre.
- 4- No existe para el justicialismo más que una sola clase de hombres: los que trabajan.
- 5- En la Nueva Argentina el trabajo es un derecho, que crea la dignidad del hombre, y es un deber porque es justo que cada uno produzca por lo menos lo que consume.
- 6- Para un justicialista no puede haber nada mejor que otro justicialista.
- 7- Ningún justicialista debe sentirse más de lo que es ni menos de lo que debe ser. Cuando un justicialista comienza a sentirse más de lo que es, empieza a convertirse en oligarca.
- 8- En la acción política la escala de valores de todo justicialista es la siguiente: primero, la Patria, después el movimiento, y luego los hombres.
- 9- La política no es para nosotros un fin, si no sólo el medio para el bien de la Patria que es la felicidad de sus hijos y la grandeza nacional.
- 10- Los dos brazos del justicialismo son la justicia y la ayuda social.

gos en la administración, las imágenes de Perón y Evita se multiplicaron en los libros de lectura de la escuela primaria y en los sitios más diversos del espacio público.

Esta presión unificadora venía acompañada por la retórica propia de una tentativa fundacional. En ella, el advenimiento del peronismo era el acontecimiento desencadenante de un recomienzo de la historia. A un lado quedaba el pasado ominoso, hecho de pobreza, exclusión, inseguridad; al otro se desplegaba el presente radiante de un país en paz, próspero y más justo. En el marco de esta Nueva Argentina no había un lugar reconocido para el conflicto y todo debía ser la expresión de la concordia social por fin y definitivamente alcanzada. Sus consecuencias fueron visibles en la producción cultural dirigida a públicos masivos, que estuvo dominada por un tono pasatista y superficial, especialmente en el cine. Cuando por los intersti-

Con ellos damos un abrazo de justicia y amor.

11- El justicialismo anhela la unidad nacional y no la lucha. Desea héroes pero no mártires.

12- En la Nueva Argentina los únicos privilegiados son los niños.

13- Un gobierno sin doctrina es un cuerpo sin alma. Por eso el peronismo tiene su propia doctrina política, económica y social: el Justicialismo.

14- El justicialismo es una nueva filosofía de vida simple, práctica, popular, profundamente cristiana y profundamente humana.

15- Como doctrina política el justicialismo realiza el equilibrio del derecho del individuo con el de la comunidad.

16- Como doctrina económica el justicialismo realiza la economía social, poniendo el capital al servicio de la economía y ésta al servicio del bienestar social.

17- Como doctrina social el justicialismo realiza la justicia social que da a cada persona su derecho en función social.

18- Queremos una Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.

19- Constituimos un gobierno centralizado, un Estado organizado y un pueblo libre.

20- En esta tierra, lo mejor que tenemos es el pueblo.

Leídas por Perón el 17 de octubre de 1950, desde los balcones de la Casa de Gobierno.

cios del aparato de vigilancia gubernamental se colaba alguna obra que ofreciera una visión más crítica de la realidad, aunque ésta fuera una realidad distante como la evocada en 1952 por la película *Las aguas bajan turbias*, del director Hugo del Carril, un hombre del peronismo, la censura se ocupaba de silenciarla. En otro ejemplo, los historiadores de la escuela revisionista, entre los que se contaban partidarios del gobierno, no consiguieron el auspicio oficial para llevar su debate con la tradición liberal a la audiencia más amplia de la enseñanza pública. Perón vio en ellos la fuente de una división innecesaria e inconveniente y debieron continuar su prédica en los márgenes, en una existencia casi tan periférica como la de los círculos de intelectuales y literatos antiperonistas. Como destaca Silvia Sigal, más que acallar las manifestaciones disidentes en el terreno cultural, el régimen puso especial cuidado en que fueran políticamente inaudibles. Poco importaba que en los grandes actos de masas la voz airada de Perón o de Evita condenando a ese treinta por ciento del electorado tercamente opositor desmintiera la imagen oficial de una sociedad armónica. En verdad, el mismo carácter minoritario de “la contra” —tal la palabra utilizada para nombrarlo— era una prueba más de la pacífica felicidad que debía reinar en la Argentina peronista.

Esa preocupación por la paz social presidió la reorganización de las relaciones entre el Estado y los intereses sociales. Anticipado una y otra vez por Perón desde que surgiera a la vida política, el objetivo era la creación de un orden capaz de armonizar las exigencias legítimas de los sectores sociales y de neutralizar los efectos desestabilizadores de las luchas de clases. Para ello el instrumento era la “Comunidad Organizada”, en la cual los diversos grupos de interés, previamente organizados, pudiesen dirimir sus diferencias con la supervisión del Estado. Este proyecto de cuño corporativista empezó a tomar forma en 1952 a través de pasos sucesivos. A la CGT se agregó la Confederación General Económica, la nueva asociación de los empresarios, y después la Confederación General de Profesionales, la Confederación General Universitaria y la Unión de Estudiantes Secundarios.

Las motivaciones ideológicas no eran las únicas razones que impulsaron estas iniciativas, que tuvieron desigual implemen-

tación. En forma congruente con las transformaciones que introduciría en la agenda económica de su segunda presidencia, Perón también aspiraba a construir un sistema institucional que estuviera menos centrado en sus apoyos populares y que, en consecuencia, le devolviera al Estado su papel de árbitro. A estos cambios se sucedieron otros que —como muestra Robert Potash— alteraron el lugar ocupado por las Fuerzas Armadas. A partir de 1952 fueron más abiertas las tentativas de reemplazar la subordinación constitucional de las Fuerzas Armadas al jefe de Estado por la lealtad al liderazgo de Perón: la doctrina justicialista fue incorporada a los programas de las escuelas militares, las promociones dentro de la corporación premiaron más la fidelidad individual que la competencia profesional. La cúpula militar se inclinó ante las nuevas exigencias, pero un malestar creciente cundió particularmente en los cuerpos intermedios, generando en sus filas el terreno fértil para las actividades conspirativas. Esta reorientación de los militares respecto del peronismo era parte de un proceso más amplio.

Por sus orígenes y sus relaciones familiares, los militares compartían de cerca la ansiedad y también la intolerancia con que las clases medias más antiguas y establecidas acompañaban los cambios sociales y políticos en curso. Hasta ellas habían llegado igualmente los beneficios de la bonanza económica y no eran las destinatarias de los ataques a “la oligarquía”, el blanco predilecto de la retórica política peronista. Todo ello no bastó, sin embargo, para disminuir su rechazo a la abrumadora presencia de las masas obreras en la vida pública, a la atmósfera de forzado conformismo impuesta por los aparatos de propaganda oficial, al culto de la personalidad que coronaba la marcha del régimen. Ese rechazo hizo del antiperonismo una reacción política, pero también social y cultural, y sirvió de fermento a la gestación de un movimiento de desobediencia civil, al principio subrepticio y hecho de pequeños y simbólicos gestos de rebeldía. Al igual que en 1945, ese movimiento se desarrolló por fuera de los partidos opositores, que subsistían con dificultades en la periferia de la vida política.

Los socialistas, desprovistos súbitamente de sus apoyos obreros, mantuvieron sin cambio su condena al nuevo fenómeno político surgido del 17 de octubre. Para su núcleo dirigente, más que algo nuevo, el peronismo era la reencarnación de la

vieja hostilidad de la cultura política criolla a los ideales de la razón y la libertad. Desde su perspectiva, detrás de Perón y sus masas se recortaba inconfundible el perfil de Juan Manuel de Rosas y las suyas. Por consiguiente, no se mostraron dispuestos a escuchar a los pocos socialistas que reclamaban una postura un poco más comprensiva. Tampoco lo hicieron los jefes del Partido Comunista frente a demandas semejantes de grupos aún más reducidos de su militancia sindical. En 1951 y en 1952 en uno y otro partido se registraron intentos aislados de acercamiento al movimiento oficial que terminaron con la expulsión de sus promotores. Por su parte, los conservadores, después de las deserciones de los primeros tiempos, se alinearon detrás de una línea de oposición frontal. La crisis posterior a 1946 fue más intensa dentro del radicalismo. Una vez conocidos los resultados electorales, la corriente intransigente, la minoría en el partido, criticó a sus autoridades por haber privilegiado en exceso las consignas antifascistas, entregando a Perón el monopolio de las banderas reformistas. Este ajuste de cuentas fue seguido luego por un esfuerzo de renovación programática, que le dio al radicalismo una plataforma de corte nacionalista popular, y por una movilización exitosa por el control del partido. Los integrantes de la fórmula presidencial de 1952 fueron dos figuras de la corriente intransigente. Desde la conducción de la UCR se pronunciaron por la lucha a través de las instituciones, no obstante las restricciones puestas por el régimen, en el intento por conformar una oposición que no se confundiera con los reflejos socialmente conservadores del antiperonismo. Sus adversarios, la corriente unionista, ahora minoritaria y más en sintonía con ese estado de opinión prevalente en las clases medias y altas, optaron por la política de ruptura mediante el aliento a la resistencia clandestina y al golpe militar. Con sus fuerzas desunidas, el radicalismo quedó, empero, sumergido en el enfrentamiento faccioso que dividía al país en dos bloques antagónicos y excluyentes, impregnando de una violencia todavía sólo simbólica la convivencia entre los argentinos.

Al tiempo que el país se deslizaba hacia la polarización política y social, el 26 de julio de 1952, murió Evita, a los 33 años, víctima del cáncer. Con ella desaparecía quien mejor representaba lo que el movimiento peronista significaba para los



Ricardo Balbín dirige la palabra en un acto en 1951.

sectores populares, pero también cuanto tenía de aborrecible para sus adversarios. Su ausencia gravitaría sobre el desenvolvimiento futuro del régimen. Al perder la figura que mantenía vivo el activismo original y sus consignas, éste apareció más que antes exhibiendo los vicios propios de un orden autoritario seguro de sí mismo. Para entonces, su personal político había experimentado significativos cambios. Una buena parte de los hombres que rodearon a Perón en los comienzos de su gestión ya no estaba a su lado, víctima de celos políticos y de intrigas de palacio. Entre ellos, Domingo Mercante, su lugarteniente en los tiempos de la Secretaría de Trabajo y luego gobernador de la provincia de Buenos Aires; Juan Atilio Bramuglia, que fuera su primer Canciller; José Miguel Figuerola, abogado de origen español con un papel destacado en la elaboración de la legislación laboral y en los trabajos de la Comisión Nacional de Posguerra y a partir de 1946 en la Secretaría Técnica de la Presidencia; Ricardo C. Guardo, el primer presidente de la Cámara de Diputados; Arturo Sampay, el redactor de la Constitución de 1949. Quienes ocupaban ahora los altos cargos buro-

cráticos eran típicamente figuras de menor brillo que debían sus posiciones al conformismo obsecuente con el que secundaban las demandas de lealtad cada vez más exigentes hechas desde el vértice del poder. Con ese comportamiento y la impunidad con la que se sabían protegidos, ellos fueron en gran medida responsables de los excesos autoritarios, los escándalos, las manifestaciones extravagantes de verticalismo que caracterizaron este tramo del régimen peronista.

A comienzos de 1953 el círculo íntimo de Perón se vio envuelto en un sonado caso de corrupción. Las sospechas convergieron sobre su secretario privado, Juan Duarte, hermano de Evita. Después que el gobierno ordenara una investigación a fondo Duarte fue encontrado muerto, lo que provocó un escándalo público no obstante la censura oficial. La CGT convocó entonces a una concentración popular para solidarizarse con Perón. El acto del 15 de abril habría de tener un dramático final al estallar dos bombas, con un saldo de siete muertos y casi un centenar de heridos. Esa noche, grupos de manifestantes incendiaron y redujeron a escombros las sedes del Jockey Club y del Partido Socialista, y provocaron daños en los locales centrales del Partido Demócrata y la Unión Cívica Radical. En los días que siguieron al sanguinario atentado terrorista —obra de comandos antiperonistas integrados por jóvenes universitarios y profesionales— la policía realizó una amplia e indiscriminada detención de dirigentes y personalidades opositoras; entre los casi cuatro mil arrestados se contaron desde Alfredo Palacios hasta Victoria Ocampo. Meses más tarde, el régimen pareció advertir la necesidad de disipar las tensiones y aceptó liberar a los presos en una negociación con representantes de partidos opositores. A fines de 1953 el Congreso aprobó una ley de amnistía y con ella la mayoría de los detenidos recuperó la libertad. Estos gestos de descompresión política sirvieron para crear un clima más propicio a la búsqueda de un mejoramiento de las relaciones con los Estados Unidos.

Este objetivo era parte de las nuevas prioridades del programa económico, obtener capitales y contar con asistencia técnica a los efectos de impulsar la modernización industrial. La reciente elección del presidente republicano Dwight D. Eisenhower había abierto la posibilidad de colocar los vínculos entre los dos países sobre bases más pragmáticas y menos

principistas debido a su orientación favorable al mundo de los negocios. La visita a Buenos Aires en el mes de julio de 1953 de Milton Eisenhower, el hermano del mandatario norteamericano, en gira por América Latina, facilitó ese entendimiento y dio comienzo a un período de distensión luego de los años de fricciones y desencuentros. Ello trajo aparejado un relativo eclipse de la Tercera Posición y una cooperación más estrecha con los Estados Unidos en la arena internacional.

La reorientación de la agenda económica de Perón y sus correlarios en la relación con los Estados Unidos tenían como telón de fondo el fin de la bonanza del comercio exterior que lo acompañara al instalarse en el poder. En 1949 se invirtió el signo favorable de los términos de intercambio. En ese año los precios de las exportaciones del campo se colocaron un 12% por debajo de los de 1948, concluyendo así el pequeño ciclo positivo iniciado en 1945. En esas circunstancias, el gobierno hizo dos apuestas para contornear la desfavorable coyuntura. Primero, especuló con el estallido de una Tercera Guerra Mundial, que sostuviera en alza la demanda de los productos del campo argentino. Pero la guerra de Corea de 1950 quedó confinada al Extremo Oriente. La segunda apuesta fue participar en el Plan Marshall para la reconstrucción de Europa puesto en marcha en 1947. Tampoco aquí tuvo mejor suerte porque el gobierno norteamericano le adjudicó al país una cuota mínima en el abastecimiento de alimentos debido a la presión de intereses locales y a la subsistencia de las reservas hacia su política exterior.

En este marco estalló la crisis del sector externo, que se trasladó a la actividad industrial nacional, por la dificultad para importar maquinarias y equipos, e impulsó un crecimiento de la inflación. Frente a la emergencia, sostienen Gerchunoff y Antúnez, las autoridades oscilaron entre la continuidad y el cambio. Para una política de desarrollo basada en el liderazgo del sector público y el crédito barato para financiar la expansión del mercado interno, la alternativa de un plan de ajuste comportaba altos costos en términos de empleo y salarios. Por ello las primeras reacciones fueron parciales e inefectivas y condujeron al reemplazo de Miguel Miranda en el timón de la economía. El nuevo equipo, a cargo de Alfredo Gómez Morales, procuró ganar tiempo recortando las importa-

ciones, racionando el crédito y reduciendo los compromisos fiscales.

Una de sus consecuencias fue la sucesión de conflictos entre 1949 y 1951 en las actividades más afectadas por la disminución de subsidios públicos. Éstos no contaron ahora con la benevolencia del gobierno y terminaron con la detención de sus promotores y la intervención de los sindicatos involucrados. Tal fue lo que ocurrió con los obreros de los ingenios azucareros de Tucumán, los trabajadores de los frigoríficos, los banqueros, los gráficos, los ferroviarios. La huelga de estos últimos, a principios de 1951, provocada por las medidas de racionalización de los ferrocarriles recién nacionalizados, tuvo una gran resonancia. No solamente por sus efectos sobre el orden público sino porque se realizó a espaldas de la conducción oficial del sindicato, contó con el apoyo encubierto de grupos opositores y no cedió a los llamados de volver al trabajo hechos por Evita. La reacción gubernamental incluyó la prisión para los dirigentes rebeldes y llegó hasta la movilización militar de los trabajadores. En el contexto de este endurecimiento del clima social, el pico de la crisis habría de alcanzarse en 1951-1952, cuando el déficit del sector externo fue potenciado por las secuelas de dos sequías sucesivas. En el aciago invierno de 1952 y teniendo por marco los funerales de Evita, los argentinos debieron consumir un pan más negro, elaborado con mijo, escaseó la carne y se volvieron frecuentes los cortes de luz.

Fue entonces que el gobierno decidió una nueva estrategia económica, que involucró la revisión de sus prioridades. A partir de ese momento se privilegió la estabilidad por sobre la expansión, la agricultura por sobre la industria, la iniciativa privada y el capital extranjero por sobre el crecimiento del sector público. Con este remozado libreto se pasó a la acción tomando en cuenta, además, los condicionamientos puestos por la composición de la coalición peronista. Así, el recurso a la devaluación fue descartado porque si bien era un medio rápido para corregir la situación externa, su costo era un alza en el precio interno de los alimentos y, por lo tanto, un fuerte golpe a los ingresos de los sectores populares. Descartada la devaluación, el equilibrio externo fue buscado recortando todavía más las importaciones.

El intento por resolver el problema del déficit externo se desarrolló en paralelo con la lucha contra la inflación. En ambos planos el mensaje oficial apuntó en la misma dirección: había llegado la hora de la austeridad luego del gran aumento del consumo de los primeros años. El llamado a gastar menos procuraba aliviar la situación externa y aquietar las presiones inflacionarias. Con este propósito, el gobierno tomó la iniciativa mediante una batería de restricciones fiscales y monetarias de cuño ortodoxo. El programa de estabilización recurrió, además, a las reservas de la colaboración de clases y promovió una tregua entre empresarios y sindicatos para neutralizar la puja distributiva y sus efectos inflacionarios. Luego de un reajuste general de precios y salarios por decreto, éstos fueron congelados por dos años, y por ese mismo lapso se suspendieron las negociaciones colectivas. Finalmente, en sintonía con su nueva estrategia, el gobierno modificó su política de incentivos con vistas al aumento de las exportaciones del agro. Después de años de ser perjudicados por la política del IAPI, los productores rurales comenzaron a recibir precios más favorables, mayores incluso que los que tenía su producción en el mercado internacional.

Juzgado por sus resultados inmediatos, el plan de ajuste lo-

La hora de la austeridad

“La economía justicialista establece que de la producción del país se satisface primero la necesidad de sus habitantes y solamente se vende lo que sobra; lo que sobra nada más. Claro que aquí los muchachos con esa teoría cada día comen más y consumen más y, como consecuencia, cada día sobra menos. Pero han estado sumergidos, pobrecitos, durante cincuenta años; por eso yo los he dejado que gastaran y que comieran y que derrocharan durante cinco años todo lo que quisieran; se hicieran el guardarropas que no tenían, se compraran las cositas que les gustaban y se divirtieran también; que tomaran una botella cuando tuvieran ganas. [...] pero, indudablemente, ahora empezamos a reordenar para no derrochar más...”

Fragmento del discurso de Perón a los delegados obreros del “Comité de la Unidad Sindical Latinoamericana”, 19 de febrero de 1952.

gró capear la emergencia: la inflación se redujo en forma significativa, después de la recesión de 1951-1952 la economía volvió a crecer en 1953 y 1954, y en ese mismo período las cuentas del comercio exterior cerraron con un saldo positivo. La reanudación de las negociaciones colectivas en 1954 permitió, a su vez, si bien aplicando la presión sindical, recuperar los salarios perdidos en los años previos.

El giro estratégico de 1952 no quedó confinado a la nueva importancia que recibió la estabilidad económica. A fines de ese mismo año fue dado a conocer el Segundo Plan Quinquenal que aportó novedades de más largo plazo. Ya se hizo referencia a la decisión de devolver al sector rural parte de la rentabilidad perdida, redefiniendo la política de subsidios y precios hasta entonces sesgada en su contra. A ello se agregó la decisión de corregir la excesiva dependencia de la industria, típicamente productora de bienes de consumo, de los insumos importados. La reciente emergencia había revelado en forma contundente esa dependencia: cuando fue preciso recortar las importaciones a fin de equilibrar las cuentas externas, se advirtió que el margen para hacerlo era bien estrecho ya que estaban mayormente integradas por componentes indispensables al funcionamiento de las manufacturas locales. Dicha decisión se tradujo en el aliento a una nueva fase de sustitución de importaciones por medio de la producción de maquinarias e insumos industriales, sobre todo combustibles. Para encarar esta profundización de la industrialización y aliviar así el peso de las importaciones en el balance externo del país, el Estado no contaba empero con los recursos suficientes. El ajuste fiscal impuesto por la reciente emergencia había reducido los fondos disponibles para la inversión pública. Fue en este contexto que surgió el llamado a los capitales extranjeros. A principios de 1953 el Congreso aprobó una legislación más permisiva de radicación de capitales, y con sus auspicios se concretaron varios proyectos de inversión de firmas norteamericanas y europeas para la producción de tractores, camiones y automóviles.

La apertura hacia el capital extranjero, junto con la reorientación del IAPI a favor del campo, atrajeron hacia Perón las simpatías del mundo de los negocios, que vio en ellas una auspiciosa rectificación de la política de desarrollo. Paralela-

mente generaron un clima de inquietud entre muchos de los integrantes de su coalición de apoyo. El conflicto se hizo manifiesto con la iniciativa más audaz hacia el capital extranjero: la negociación de un contrato con la Standard Oil de California para explorar y explotar los yacimientos de petróleo del sur del país. La justificación oficial puso el acento en la creciente demanda de combustible y en la incapacidad de la empresa estatal YPF para afrontar las inversiones necesarias. Estas razones resultaron poco convincentes en el tratamiento del contrato por parte del Congreso. Allí había sido enviado para su ratificación por ley, ya que rozaba la cláusula nacionalista de la Constitución de 1949. La oposición radical, a través de Arturo Frondizi, impugnó el contrato con un discurso antiimperialista, denunciando la enajenación de la soberanía sobre los recursos nacionales. A la vez, el bloque oficialista mostró escaso entusiasmo en su defensa porque para una mayoría comportaba la traición al principio justicialista de la independencia económica. En definitiva, la ratificación legislativa del contrato fue postergada indefinidamente. Tampoco Perón insistió en la iniciativa, consciente quizá de que había franqueado el límite de la tolerancia ideológica de sus partidarios para con el nuevo rumbo económico.

En su segunda presidencia, Perón no solamente tropezó con la resistencia de ideas y creencias que él mismo contribuyera a arraigar; asimismo entró en colisión con intereses que eran centrales para su sustentación política. El tránsito desde una etapa distribucionista hacia otra que tenía por eje los problemas de la producción, anunciado en el Segundo Plan Quinquenal, incluyó también una campaña nacional por el aumento de la productividad. El objetivo era producir más para que hubiese más bienes a repartir. Con esta idea, durante 1953 los empresarios iniciaron una abierta ofensiva que abogó por la revisión de los convenios y la legislación laboral en nombre del mayor rendimiento de la fuerza de trabajo. Como indica Louise Doyon, se trataba, en verdad, de eliminar las normas que ponían límites a la autoridad patronal sobre las condiciones de trabajo y de recortar la injerencia de los delegados de personal en la vida interna de las empresas. A fines de 1954 el gobierno se hizo cargo de esas demandas y promovió un nuevo ejercicio de concertación social reuniendo a la CGT y a la

CGE en el Congreso Nacional de la Productividad. Durante las deliberaciones, que se extendieron hasta abril de 1955, la delegación sindical rechazó cada una de las concesiones que en materia de flexibilidad laboral reclamaban los empresarios. Bajo la presión del estado de movilización obrera puesto de manifiesto en las negociaciones colectivas de 1954, la CGT reafirmó que el conjunto de garantías y protecciones al trabajo constituía parte integral de la Revolución Justicialista y no era negociable. Al final, las conclusiones del congreso se caracterizaron por su ambigüedad e indefinición y dejaron pendiente el compromiso de modificar las cláusulas laborales así como la recuperación de las prerrogativas patronales en la dirección de las empresas.

El hecho a destacar es que Perón no apeló a su liderazgo político para forzar un desenlace más acorde con el nuevo rumbo económico. Como ocurriera en el debate sobre el petróleo, también ahora optó por acomodarse a las resistencias opuestas por su propio movimiento. Estos episodios indicaban que para avanzar en la agenda de la modernización económica era preciso emprender la compleja operación política de recomponer la coalición de gobierno. Este era un desafío que Perón no estaba preparado para afrontar, sobre todo cuando a principios de 1955 se encontró envuelto en otro, más urgente, con las fuerzas de la oposición política.

Luego de la dura prueba de 1952 y del mejoramiento de la situación económica, el gobierno pudo afrontar las elecciones legislativas de 1954 con éxito, recibiendo el voto favorable de dos tercios del electorado. La solidez de las mayorías electorales del oficialismo, más su mejor imagen en los medios empresarios y la normalización de las relaciones con los Estados Unidos confirmaron a los sectores opositores en su alienación política: sólo cabía una esperanza a sus aspiraciones si desde adentro del propio régimen estallaba el conflicto. Y esto fue lo que ocurrió cuando Perón se enfrentó con la Iglesia ya que, al hacerlo, dividió sus apoyos en las Fuerzas Armadas y puso en marcha la conspiración militar. En noviembre de 1954, en una de sus intervenciones públicas, Perón acusó a "ciertos sacerdotes" de actividades antiperonistas, trayendo a primer plano un conflicto que había venido madurando en los años previos y cuya evolución es tratada por Lila Caimari en su capítulo.



*Perón con integrantes de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES),
8 de marzo de 1955.*

El ejercicio crecientemente absolutista del poder por parte de Perón fue afectando con el tiempo y sin remedio sus relaciones con la Iglesia. Esto se hizo visible en el desplazamiento progresivo de la Iglesia de los ámbitos tradicionales de su acción pastoral, entre las mujeres, los niños, la juventud. Perón sumó a ello su propio comportamiento personal que, en forma desafiante a los usos y costumbres de un jefe de Estado, lo exhibía en los jardines de su residencia y en las calles céntricas de Buenos Aires rodeado por la alegre comitiva de las adolescentes de la UES. La afrenta mayor fue el intento de convertir al justicialismo ya no sólo en la doctrina oficial del Estado sino a la vez en la expresión del verdadero cristianismo. Desde las esferas oficiales comenzó a delinearse el mensaje de un "cristianismo peronista", independizado de la tradición católica y con frecuencia incluso en contra de ella. El nuevo evange-

lio se asignó la misión de rescatar el mensaje social de Cristo del olvido al que lo confinara un clero dominado por preocupaciones mundanas y atento al cumplimiento formal de los preceptos religiosos. Esta prédica fue acompañada de consecuencias prácticas: los líderes peronistas se dedicaron a reparar por su cuenta las credenciales de buen o mal cristiano, los cultos no católicos disfrutaron de una sospechosa tolerancia, la devoción popular que rodeó a la figura de Evita después de su muerte fue transformada en una liturgia religiosa paralela.

Frente a la injerencia del régimen y sus ambiciones hegemónicas, la jerarquía eclesiástica reaccionó con cautelosa prudencia pero ésa no fue la actitud del mundo católico en general. Sus asociaciones de laicos devinieron cada vez más en refugios de una militante resistencia, canalizando las disidencias que los partidos mostraban no ser capaces de articular. La acusación de Perón en noviembre de 1954 fue el fruto de su irritación frente al espacio creciente que los adversarios del peronismo iban ganando en esos ámbitos sin que las autoridades de la Iglesia hicieran nada por evitarlo. El malestar se hizo más vivo al conocerse el proyecto de fundar un Partido Demócrata Cristiano. Luego de la intervención de Perón una sucesión de medidas suprimió de un plumazo los derechos y privilegios otorgados a la Iglesia. Se eliminó la enseñanza religiosa en las escuelas y los subsidios a la enseñanza privada, se aprobó una ley de divorcio, se autorizó la reapertura de prostíbulos, se prohibieron las procesiones religiosas.

Las reformas legales fueron seguidas de una intensa campaña anticlerical orquestada por la prensa oficial. En los primeros meses de 1955 se anunció una futura reforma de la Constitución para decidir la separación entre la Iglesia y el Estado. Frente a estos ataques, inimaginables ocho años atrás cuando el catolicismo hizo suya la causa peronista, sus sectores militantes convirtieron los templos en tribunas de protesta política y moral y lanzaron una insidiosa campaña de panfletos que desafió los controles oficiales. Los grupos más diversos de la oposición política cerraron filas en torno de ellos, entreviendo en el distanciamiento entre el régimen y la opinión católica la ocasión para poner en marcha una ofensiva como la de 1945. El 8 de junio, desafiando las prohibiciones, se celebró una multitudinaria procesión de Corpus Christi, en la que católi-

cos, radicales, socialistas y comunistas marcharon en el centro de Buenos Aires al grito de ¡Viva Cristo Rey!

A la protesta civil le siguió el 16 de junio un atentado en gran escala contra la vida de Perón; la crónica de sus alternativas y desarrollo posterior se encuentra en la contribución de Robert Potash en este libro. Un sector de la Marina y la Fuerza Aérea se alzó en rebeldía, bombardeando y ametrallando la Casa de Gobierno y sus alrededores. Advertido a tiempo, Perón encontró un refugio seguro y salió ileso. Los grupos de trabajadores que acudieron a la Plaza de Mayo para apoyar a su líder y los transeúntes que se encontraban allí no tuvieron la misma suerte; entre ellos se contaron unos 300 muertos y 600 heridos. Esa noche, sofocado el movimiento insurgente, ardiéron las principales iglesias del centro de la ciudad, luego de ser saqueadas por fuerzas de choque peronistas, exhibiendo sin atenuantes la extrema radicalización del conflicto. Al estupor provocado por estos hechos de violencia inéditos en la historia reciente se sumó la alarma entre los jefes militares que permanecían leales debido a la intervención de la CGT, que distribuyó armas entre los obreros. Aconsejado por los altos mandos del Ejército, Perón lanzó una política de conciliación. El estado de sitio fue levantado, cesaron los ataques a la Iglesia y se sustituyeron las figuras del gabinete asociadas a ellos, los dirigentes de la oposición fueron invitados a discutir una tregua. A sus seguidores, Perón declaró: "La revolución peronista ha terminado. Comienza una nueva etapa que es de carácter constitucional. Yo dejo de ser el jefe de una revolución para pasar a ser el presidente de todos los argentinos, amigos o adversarios".

Este llamado a la pacificación no tuvo, empero, el eco esperado. De hecho dio renovados bríos a la oposición, la cual desde las radios, adonde accedió por primera vez en diez años, reclamó el fin de la estructura represiva y formuló programas de gobierno alternativos. El fracaso de la tregua llevó a Perón a dar un nuevo golpe de timón. El 31 de agosto, en una carta dirigida al Partido Peronista y la CGT, comunicó su decisión de abandonar el gobierno para garantizar el éxito de la pacificación. Como era previsible, la central sindical organizó una gran demostración de apoyo y la Plaza de Mayo asistió a una nueva edición del 17 de octubre de 1945. Siguiendo el libreto

“La revolución peronista ha terminado”

“Para lograr nuestros tres grandes objetivos, la independencia económica, la reforma constitucional y la reforma cultural, hemos debido indudablemente recurrir en muchas circunstancias a ciertas restricciones que nosotros no negamos. Con una absoluta licencia para que todo el mundo hiciera lo que quisiera, nosotros no habiéramos podido cumplir nuestro objetivo, y como dije los objetivos son irrenunciables. En cambio, los medios de acción eran libres. Recurrimos por lo tanto a esos medios de acción, limitamos las libertades en cuanto fue indispensable limitarlas para la realización de nuestros objetivos. No negamos nosotros que hayamos restringido algunas libertades: lo hemos hecho siempre de la mejor manera, en la manera indispensable y no más allá de ello. [...] Por eso, terminado ese período en que hemos afirmado nuestros objetivos fundamentales en la acción social, ya en amplia medida, lo que queda por hacer será obra de la legislación empíricamente paulatina y del propio desenvolvimiento del país. [...] La revolución peronista ha finalizado, comienza ahora una nueva etapa que es de carácter constitucional, sin revoluciones, porque el estado permanente de un país no puede ser la revolución. Yo dejo de ser el jefe de una revolución para ser el presidente de todos los argentinos, amigos o adversarios.”

Palabras de Perón en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno frente a legisladores peronistas de ambas Cámaras del Congreso, 15 de julio de 1955.

preparado, Perón comunicó a la muchedumbre que retiraba su renuncia y pronunció el discurso más violento de toda su carrera política. Comenzó diciendo que había ofrecido la paz a sus adversarios pero que éstos no la querían, y concluyó afirmando: “A la violencia le hemos de responder con una violencia mayor; cuando uno de los nuestros caiga caerán cinco de ellos. Hoy comienza para todos nosotros una vigilia en armas”.

Esta inesperada declaración de guerra no tuvo consecuencias entre sus partidarios, pero terminó por convencer a muchos militares todavía indecisos sobre qué hacer. El 16 de septiembre se produjo finalmente el alzamiento militar. Luego de cinco días, durante los cuales las fuerzas leales a Perón, superiores en número, no mostraron voluntad de luchar, las tropas

rebeldes se impusieron. Perón, entre tanto, buscó asilo en la embajada de Paraguay, dando comienzo a un largo exilio. El 23 de septiembre, mientras la CGT reclamaba a los trabajadores conservar la calma, otra multitud llenó la Plaza de Mayo, ahora para aclamar al nuevo presidente, el general Eduardo Lonardi, y celebrar el fin de la década peronista.

En el futuro, peronistas y antiperonistas prolongarían sus conflictos, confrontándose en torno de versiones opuestas de la experiencia histórica que acababa de concluir. Para los partidarios de Perón, durante el período 1945-1955 los trabajadores alcanzaron una participación en el ingreso nacional nunca igualada, y la obra de una legislación social generosa y un amplio reconocimiento político hizo que abandonaran su condición de ciudadanos de segunda clase para convertirse en miembros plenos de la comunidad política. Para los adversarios de Perón, los años peronistas fueron aquellos en los que tuvo lugar, en una medida hasta allí desconocida, el cercenamiento de las libertades públicas y del pluralismo político por



La Plaza de Mayo luego del bombardeo de junio de 1955.

la acción de un liderazgo y un movimiento que se concibieron a sí mismos como la encarnación de la voluntad nacional. Como era de esperar éste fue un diálogo de sordos. Los argumentos de una y otra de las dos configuraciones sociopolíticas en las que se dividió el país colocaron el énfasis en aspectos distintos de la compleja realidad histórica. La disociación entre los valores de la justicia social y los ideales de la democracia política abierta en las elecciones de 1946 mantuvo, así, toda su vigencia.

Los efectos de este contrapunto de interpretaciones sobre la convivencia entre los argentinos fueron potenciados porque, una vez llegados a su fin, los años peronistas no entraron en la historia llevándose consigo sus proyectos fallidos, la carga de



Perón asciende a la nave paraguaya que lo lleva al exilio.

los conflictos que habían desatado. Ésa fue la ilusión de los vencedores de 1955 que presidió la tarea de desperonización del país a la que se lanzaron, aplicando el mismo espíritu excluyente, los mismos instrumentos coercitivos que combatieron hasta entonces. Ésa fue una ilusión fugaz. Al poco tiempo se vieron confrontados con el legado último de los años peronistas: una fuerza social y política sólidamente arraigada en el tejido social e institucional. Este había sido el desenlace de la empresa original de Perón, conjurar el peligro del comunismo actuando sobre las condiciones de postergación social y alienación política en el mundo del trabajo que eran propicias para su penetración. Vista en perspectiva, ésa fue una empresa exi-

tosa. En América Latina, la Argentina estará entre los países donde las corrientes ideológicas de izquierda perdieron gravitación social, quedando confinadas a una influencia en los círculos intelectuales y los medios universitarios.

Aprovechando las oportunidades que ofreció el breve ciclo de prosperidad de la posguerra, Perón puso al alcance de los trabajadores niveles de vida y de expectativas sociales que hicieron de ellos componentes principales de la sociedad y la economía que crecieron sobre esos cimientos. Esa experiencia de ascenso social y el papel protagónico que alcanzaron a través de sus organizaciones sindicales hizo surgir en los trabajadores una capacidad de intervención política y social que adquirió vida propia, aun después que comenzaron a debilitarse las circunstancias extraordinarias que la habían hecho posible. Perón mismo habría de experimentar los límites que esa capacidad de intervención imponía cuando hacia el final de su gestión intentó la búsqueda de alternativas al rumbo original de la economía peronista. Para los que lo derrocaron en 1955, esos límites serían más duros y difíciles de franquear porque hicieron sentir su influencia en el marco del conflicto de legitimidad que rodeó la obra de los años peronistas.

BIBLIOGRAFÍA

- Caimari, Lila: *Perón y la Iglesia católica*, Ariel-Historia, Buenos Aires, 1995.
- Ciria, Alberto: *Política y cultura popular: la Argentina peronista 1946-1955*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1983.
- Crespo, Jorge: *El coronel Perón*, Ayer y Hoy Ediciones, Buenos Aires, 1998.
- Gambini, Hugo: *Historia del peronismo*. Vol. 1, 1999, vol. 2, 2001, Planeta, Buenos Aires.
- García, Marcela Alejandra: *La oposición política al peronismo. Los partidos políticos en la Argentina entre 1943 y 1951*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1997.
- Gerchunoff, Pablo y Lucas Llach: *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Ariel, Buenos Aires, 1998.
- Godio, Julio: *La caída de Perón*, Granica Editor, Buenos Aires, 1973.
- Halperín Donghi, Tulio: *Argentina en el callejón*, Ariel, Buenos Aires, 1995.
- : *Argentina: La democracia de masas*, Paidós, Buenos Aires, 1983.
- Luna, Félix: *El 45. Crónica de un año decisivo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1981.
- : *Perón y su tiempo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1993.
- Mackinnon, María Moira: *Los años formativos del Partido Peronista (1946-1950)*, Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 1999.
- Manson, Enrique: *Argentina en el mundo del siglo XX*, Ediciones Caligraf, Buenos Aires, 2000.
- Mora y Araujo, Manuel e Ignacio Llorente (eds.): *El voto peronista: ensayos de sociología electoral argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1980.
- Navarro, Marysa: *Evita*, Corregidor, Buenos Aires, 1981.
- Page, Joseph: *Perón. Una biografía*, Grijalbo, Buenos Aires, 1999.
- Pavón Pereira, Enrique: *Perón. Preparación de una vida para el mando (1895-1942)*, Ediciones Espiño, Buenos Aires, 1953.
- Potash, Robert: *El Ejército y la política en la Argentina*, vol. 2, Sudamericana, Buenos Aires, 1981.
- Romero, Luis Alberto: *Breve historia contemporánea de la Argentina*, FCE, Buenos Aires, 1994.
- Rouquié, Alain: *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1982.
- Torre, Juan Carlos (ed.): *La formación del sindicalismo peronista*, Legasa, Buenos Aires, 1988.
- Torre, Juan Carlos: *La vieja guardia sindical y Perón*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.
- Waldman, Peter: *El peronismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1981.
- Zanatta, Loris: *Perón y el mito de la nación católica*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.